



Capítulo 510: Tratando de salir del abismo

Vergil respiró profundamente, sintiendo el peso de Roxanne aferrado a su brazo. El calor del abismo los asfixió, pero una llama diferente ardía dentro de él: la determinación. Habían encontrado un camino hacia arriba—estrecho, oscuro y peligroso, pero era su única esperanza de escapar.

Las rocas rojas que formaban la pared se elevaban en curvas irregulares, como los dientes dentados de una bestia que esperaba masticar a cualquier tonto lo suficientemente tonto como para treparla. El aire era denso, pesado, impregnado de cenizas que se pegaban a la piel y quemaban la garganta.

Detrás, una sombra silenciosa los acompañaba: Zuri, en su colossal forma de serpiente, deslizándose por el suelo con movimientos casi imperceptibles. Detrás de ella, Titania mantenía la mirada fija hacia adelante, sus ojos brillaban de tensión.

"Más adelante..." su voz resonó, tranquila pero firme. "Siento una concentración de enemigos. Muchos."

Virgilio no se detuvo, sino que inclinó su rostro hacia el de ella. "¿Cuantos?"

Titania cerró los ojos, como si buscara el número exacto en su mente.

"Más de lo que podemos contar."

El silencio que siguió fue intenso. Roxanne apretó el brazo de Vergil y sus dedos se tensaron.



Zuri, sin embargo, simplemente levantó la cabeza y su lengua bifurcada probó el aire venenoso de ese lugar.

"Entonces no iré contigo allí", dijo en un susurro seco, casi silbante. "Subiré a un árbol y esperaré. Si las cosas empeoran, sabré cuándo actuar."

Titania tocó ligeramente las escamas de la serpiente, como si confirmara su decisión.

Virgilio no discutió. Sabía que Zuri no era una cobarde; ella era estratégica. Si prefería observar desde arriba era porque algo le molestaba más de lo que dejaba ver.

Más adelante, Vanny y Rize ya habían avanzado unos metros. Los dos mantuvieron su postura de lucha, alerta ante cualquier movimiento en medio de las sombras distorsionadas del abismo. Este terreno era inusual: árboles retorcidos crecían de la nada, troncos tan negros como el carbón y hojas tan rojas como la sangre solidificada. Todo allí parecía vivo... y hambriento.



Vergil y los demás caminaron más despacio, alerta, hasta que se rompió el silencio.

Crack.

Una ramita se rompió.

Vany inmediatamente levantó la mano y les indicó a todos que se detuvieran. Sus ojos —agudos como cuchillas— escaneaban la oscuridad.



"Algo anda mal", murmuró.

Rize dio un paso adelante, con las manos ya cerca de las armas.

"Lo sé", respondió ella, con el tono bajo, casi un gruñido. "Es demasiado silencioso."

El silencio del abismo era denso, pero ahora parecía... orquestado. Como si las mismas criaturas que vivían allí estuvieran esperando algo, conteniendo la respiración.

Vergil apoyó a Roxanne contra una roca, acercándola.

"Quédate detrás de mí."

De repente, un sonido. Un extraño crujido, como si mil pequeñas alas ondearan al unísono. Los árboles temblaron. El aire parecía vibrar.



Vany entrecerró los ojos.

"Prepárense..."

Desde las alturas del dosel negro, algo se desplomó.

No era sólo una criatura. Había docenas. No, cientos.

Cuerpos delgados y deformes, cubiertos de carne desmenuzada como carbón quemado. Ojos vacíos, bocas abiertas en gritos silenciosos, como si el infierno mismo les hubiera arrancado la voz. Cada uno tenía garras demasiado largas



para su cuerpo, afiladas y goteantes de una savia negra que olía a azufre y sangre.

Las criaturas no cayeron como presas. Cayeron como depredadores.

Rize fue el primero en reaccionar. Su espada brilló en un arco rápido, cortando a tres por la mitad antes de que pudieran tocar el suelo. Sangre negra salpicada, quemando el suelo como ácido.

"¡No son ordinarios!" ella gritó.

Vany giró y sus dagas reflejaban el resplandor rojo del abismo. Cada movimiento fue deliberado, lo suficientemente rápido como para que las criaturas no la tocaran. Pero había demasiados. Demasiados.

Vergil se puso delante de Roxanne, invocando energía en su espada. El aire a su alrededor temblaba de poder.

"Stai aproape!"

Titania levantó los brazos y su magia se extendió en olas doradas que derribaron a algunas de las criaturas. Su luz pareció infiijir dolor a los monstruos, quienes se retiraron, aullando sin voz.

Zuri, mirando desde lo alto de un árbol torcido, entrecerró sus ojos serpenteantes.

"Este no es un ataque cualquiera..." murmuró para sí misma. "Esto es una emboscada."



Y ella tenía razón.

Las criaturas no atacaron desesperadamente. Rodearon, presionaron, obligando al grupo a dividirse.

Rize rugió y atravesó a otro puñado de ellos.

"¡Están tratando de separarnos!"

Virgilio se dio cuenta demasiado tarde. Mientras protegía a Roxanne, una sombra se elevó detrás de ellos. Una criatura más grande, el doble del tamaño de las demás, su carne más sólida, casi como piedra, y sus ojos brillando de color rojo brillante.

No cayó. Surgió de la tierra misma, como si hubiera brotado de las entrañas del abismo.

"¡Vergill!" Roxanne gritó.

Giró rápidamente, bloqueando la garra de la criatura con su espada. El impacto fue tan violento que agrietó el suelo bajo sus pies. Vergil sintió que sus músculos vibraban con el shock.

Vany miró.

"Éste es diferente", gruñó. "Éste es el líder."

Y como respondiendo a la acusación, la criatura rugió. No en sonido, sino en vibración. Un grito silencioso que atravesó el aire e hizo que todas las demás



criaturas se movieran al unísono, como marionetas tiradas por la misma cuerda.

Vergil apretó los dientes. —Mierda...

Las criaturas avanzaron por todos lados. Rize fue tragado por una ola de cuerpos. Vanny desapareció en un torbellino de garras y dientes. Titania luchaba por mantener su barrera, pero las fisuras aparecían demasiado rápido.

Zuri observó desde arriba, con el cuerpo tenso. Sus instintos gritaban que algo aún mayor estaba a punto de suceder.

Entonces el bosque tembló.



No era de las criaturas. Fue desde el suelo.

Desde lo más profundo del abismo, algo estaba despertando.

El rugido que siguió no se parecía a nada que hubieran enfrentado antes. Era profundo, colosal, resonando en las paredes del abismo como si el mundo mismo hubiera gritado.

Las criaturas se detuvieron. No por miedo—sino como si se le ordenara hacerlo. Todos volvieron sus rostros hacia la oscuridad, esperando.

Vergil sintió que se le hundía el estómago.

"Esto... no es bueno."



Roxanne, pálida, le agarró el brazo aún más fuerte.

"¿Qué es esto?"

El silencio que siguió fue insopportable. Hasta que se abrieron dos luces en el fondo del abismo. No eran antorchas. Eran ojos. Ojos rojos gigantescos, ardiendo de odio.

Las criaturas, en coro silencioso, se arrodillaron.

Y del abismo empezó a surgir algo inmenso.

